

El viajero y sus fantasmas

Por Natalia Maugueri



Empezó viajando para contarlo. Así se convirtió en periodista. Entre sus primeros entrevistados estuvieron nada menos que Eduardo Galeano y Juan Rulfo. Después, también él se hizo escritor. Las primeras crónicas, los proyectos de escritura, la democracia y los héroes, las inquietudes y los miedos. Con ustedes: Caparrós.

Martín Caparrós comenzó su carrera periodística en 1973, en el desaparecido diario *Noticias*. Entre 1976 y 1983 vivió el exilio en París (donde se licenció en Historia en la Sorbona) y en Madrid. Hizo periodismo deportivo, taurino, cultural, gastronómico, político y policial, en prensa gráfica, radial y televisiva, y dirigió los mensuarios *El Porteño*, *Babel*, *Página/30*, *Sal y Pimienta* y *Cuisine & Vins*. También publicó una decena de novelas entre las que destacan: *No velas a tus muertos* (1986), *La historia* (1999) y *La Voluntad* (1997/98), obra que, realizada en colaboración con Eduardo Anguita, recorre la militancia revolucionaria de la Argentina en los años setenta.

Martín ha dejado su ocupación habitual en su morada de Palermo para sentarse a hablar. Extinto el primer habano, su cabeza se ha ido a lugares impensados. Reflexiona, habla sin buscar las palabras y de pronto las busca; se entusiasma, se despierta, se ríe.

Martín Caparrós no parece ser este hombre que aquí dentro tiene como único testigo la hierática pared que forman libros y más libros, y que capturan su voz en el intenso silencio. Se piensa en él y se piensa en largos viajes a lugares remotos, la palabra escrita y su firma. Una presencia que se nos antoja volátil y a veces cautivante.

Oficios Terrestres: La mayoría de los que trabajamos en esta profesión vemos, como una forma soñada de ejercerla, esto de viajar para contarlo. ¿Cómo fue que llegaste a moldear tu profesión de modo tal que resultara así, la de un periodista que viaja y escribe sobre eso?

M.C.: Es una larga historia. A veces pienso que hemos engañado a una cantidad de jóvenes aspirantes a periodistas, haciéndoles creer que el periodismo es algo como esto, que es lo que está más mistificado: la idea



del periodista que va a lugares exóticos, o que descubre lo más oculto y con eso cambia el rumbo del gobierno. Ninguna de las dos es real. El 95% de los periodistas ejerce un trabajo bastante rutinario, que no se parece a eso. Entonces me parece que somos culpables del fraude, del que alguna vez podrían acusarnos frente al tribunal que correspondiera. Yo me declaro culpable de antemano. Pero juro que mi intención no era esa. No lo hice para engañar a nadie, salvo a mí mismo, y como sé que es difícil engañarme a mí mismo, tuve que hacer grandes esfuerzos para conseguirlo.

O.T.: ¿Estás conforme?

M.C.: Debería decir que no, pero en verdad sí. Yo he dicho más de una vez que empecé a escribir para poder viajar, y terminé viajando para poder contarlo. Se me hizo una especie de vicio o necesidad. Al principio, en los 80, yo vivía en Madrid y quería ir a Egipto. Tenía una fascinación estúpida por las pirámides, pero no tenía plata para hacerlo. Entonces descubrí que podía vender a una revista una crónica, y que con eso más o menos me alcanzaba para pagarlo. Hasta el 91, cuando empecé a hacerlo con regularidad todos los meses para *Página/30*. A partir de ahí mi trabajo fue viajar y hacer una crónica al respecto. Supongo que lo que pasó entonces fue que tuve que buscar una manera de contar. Tuve una ventaja. Era argentino, no tenía una tradición acerca de cómo contar. Si sos inglés viajás con todo el peso de lugares que alguna vez fueron ingleses; si sos francés viajás con el peso del cartesianismo, la racionalidad sobre los hombros, a través de ese prisma de la razón; si sos norteamericano viajás con el peso de ser el dueño de todo. Y así sucesivamente. En cambio, el argentino no lleva nada sobre los hombros. Te-

nía que estar armándome mi propia tradición. Y supongo que eso me permitió encontrar otra forma de contar las historias que encontraba en los lugares a los que iba. Me permitió estar cerca de lo que veía con menos prejuicios, menos filtros, para tratar de entender o al menos contar lo que veía.

O.T.: En *Larga Distancia* hablás de tu trabajo como el de alguien que representa un papel en un teatro ajeno, por el hecho de hacer “lo de siempre” pero justificado por las circunstancias. ¿Es así, sentís que representás un papel?

M.C.: Sí, un papel al que por supuesto nadie le presta atención, salvo yo mismo. Es más, hace poco me quejaba de que eso me pasaba cada vez menos. Me da la sensación de que llevo un exceso de certezas sobre lo que veo y puedo contar. Y eso me molesta. Entonces intento deshacerme de esas certezas para volver a ser otro de nuevo. Hago menos crónicas que antes, porque la mayor parte de las veces sé de antemano lo que voy a ver.

Lo que encuentro en el lugar siempre es muy distinto a lo que pensé que iba a encontrar. Pasan cosas que uno no imaginaba. Yo creo que esa es la gran diferencia entre el turista y el viajero. El turista ya sabe lo que va a encontrar y va a confirmar lo que ya sabe; el viajero se supone que va a buscar algo que no estaba en una postal, que no sabía, y eso es lo que me interesa.

Caparrós escritor

O.T.: Alguna vez dijiste que soñabas con “un lector que se divierta”, y algunas cosas que escribiste pueden llegar a divertir...

M.C.: Bueno, ¡me alegro! También te podría tirar por la cabeza con otros libros, que

son de lo más aburridos. El humor me parece una herramienta básica. Y me gusta pensar que tengo un humor no muy simpático, ácido, según dicen. Pero de ahí a la idea de divertir al lector, uff... No, no pienso en el lector. Y digo esto, pero en cierta manera es falso. Pienso en un lector insoportable, el más hinchado de todos, que soy yo mismo. Con él me resulta muy difícil llegar a un acuerdo... es duro. Digamos, cuando uno empieza a pensar en el lector empieza a conceder ciertas cosas. Y yo creo que mi manera de ser decente con el lector es hacer todo lo que yo puedo hacer, es decir, lo más que puedo. Pero no tengo que rebajar nada. Los que dicen eso es como para enmascarar el hecho de lo que están haciendo. Yo no uso esa excusa, si hago cosas simples y tontas es porque no sé hacerlas mejor, no porque tenga que rebajarme ni nada que se le parezca.

Los héroes

O.T.: ¿Con quién cenarías una noche?

M.C.: Mmm, ¿para una buena charla?

O.T.: Para conocerlo...

M.C.: Ok. Es raro pensarlo, porque a veces tengo la sensación de que es mejor no conocer a la gente que uno admira. Es mejor seguir admirándola sin conocerla.

O.T.: La pregunta viene a raíz de que tenés cierto rechazo al tema de los héroes. Decís que nuestra sociedad los necesita, pero que no es positivo ni beneficioso entronizar a nadie. Y, de hecho, jamás te escuché hablar con admiración de nadie.

M.C.: Yo creo que el hecho de necesitar héroes habla de cierta inmadurez. Todos somos parte de lo mismo, algunos mejores y

otros peores. Una sociedad que necesita héroes está delegando su representación en otro. Pero aún así, si pienso en una cena como la que decís, alguien con quien me guste charlar... Curioso, porque se me ocurrieron dos personas y a las dos las conozco. Esto me pasa cuando voy al video club a alquilar algo que me gusta, y todo lo que me gusta ya lo vi. Es bastante penoso, porque me hace pensar si no puedo conseguir que me guste algo distinto. Eso no es bueno. (Se ríe)

O.T.: Este rechazo a la idea de héroe, ¿tiene que ver con la idea de que no deberíamos tener verdades absolutas, como el sistema de la democracia?

M.C.: Sí, claramente. Tener verdades absolutas significa delegar en una idea la posibilidad de discutirla. Significa resignar. Vos citabas esto de la democracia: en Argentina durante muchos años no hubo democracia, y fue cuando pasaron esas cosas tan terribles que conocemos. Y desde que la tenemos se hace muy difícil cuestionarla. Sin embargo, es un mecanismo de gobierno en el que la mayor parte de los argentinos vive mal, no consigue educarse, no puede curarse. Entonces, me parece válido preguntarse si no hay nada mejor posible. No para fomentar un golpe de Estado, sino para ver qué podemos inventar para lograr estar mejor.

O.T.: Incluso dentro de la misma democracia...

M.C.: Sin duda. Hacer que la democracia permita una intervención más directa del ciudadano, algo que actualmente es técnicamente posible. Antes contar los votos llevaba semanas y desde esa perspectiva se podía justificar que uno eligiera una vez, y punto final. Pero en un momento en que, cyber-cafés mediante, cualquiera puede contestar una encuesta en seis horas, no se justifica

que el gobierno pueda hacer lo que quiera sin consultar. Hay tantas formas de democracia directa posibles... que, obviamente, si no se dan es porque hay quienes quieren conservar las cosas así.

O.T.: Volviendo a tu concepto sobre las verdades absolutas, ¿creés que tiene que ver con el hecho de que no creas en Dios?

M.C.: Por supuesto. Dios es la verdad absoluta por definición. La verdad teológica, aquello que no podemos cuestionar, ni siquiera pensar que hay que aceptar. Lo dijo San Agustín: "*Credo cuius absurdum*" ("Creo porque es absurdo"). Esta expresión es la síntesis del pensamiento religioso: no creo aquello que la inteligencia me dice que debería creer; creo porque he decidido creer y dentro de esa creencia cualquier cosa que me digan está bien. Es la renuncia absoluta a cualquier forma de espíritu crítico. La religión es ciertamente eso, y a cambio te dan ciertas garantías de que cuando te morís no te morís, y etcétera. Y está bien, es un gran negocio. Yo si pudiera firmaría el contrato, pero lamentablemente no puedo. Francamente envidio a los que pueden. Hablo sólo por mi incapacidad para hacerlo.

O.T.: Y en relación con la religión, ¿cómo te llevás con la muerte?

M.C.: "Me jode la noticia", decía mi abuelo Caparrós, que era español, y muchísimo más ateo que yo. Una vez estaba haciendo un viaje, tuvo un problema con el auto y no pudo más que quedarse en un paraje a pasar la noche. Allí había un convento, y los monjes, que habían hecho voto de silencio y sólo podían pronunciar dos palabras, cada vez que se cruzaban con él repetían: "*Morire habemus*" ("Tenemos que morirnos"), hasta que mi abuelo se cansó y les dijo: "¡Me jode

la noticia!". Claro, estaba harto de que se lo repitieran. (Risas).

Sé que me voy a morir... Es algo que sucede. Pero cuando uno es joven no se representa tan claramente eso de que a uno le va a pasar. Muchas de las cosas que he escrito tienen que ver con esto. En *La Historia* la muerte es un dato absolutamente central. El libro, en resumen, es la historia de una civilización que nunca existió, que yo inventé, en la que hay una especie de revuelta, una revolución de los hombres contra los soberanos para conquistar la vida después de la muerte.

Seguramente, a mí también me jode la noticia. Me parece una lástima y una injusticia, y todas esas cosas. Pero bueno, supongo que es lo que hay. Espero que sea lo más tarde posible. Mientras tanto, trato de aprovechar lo que hay todo lo que puedo.

Periodista escritor

O.T.: ¿En algún momento, en el exterior y trabajando sobre alguna crónica, te sentiste en una posición incómoda?

M.C.: Sí. Y cuando lo hago me siento una basura. Generalmente a la persona le interesa que se conozca su historia, pero eso no quita que uno sea un carroñero. Una de las experiencias feas que tuve en mi vida fue en unas plantaciones de arroz, en Sri Lanka. Todo un paisaje maravilloso, fantástico. Yo había alquilado una moto y vi en la playa unos chicos que estaban haciendo cabriolas en el agua. Entonces bajé y empecé a hacerles fotos. Los chicos estaban desnudos. Primero pensé que no se habían dado cuenta, pero empezaron a hacer poses obscenas. Entonces entendí que estaban haciendo poses porno para mí y llegué a sentir-

me espantoso. Yo estaba haciendo mi negocio y ellos también estaban actuando de acuerdo a mi negocio. Iban adaptándose a lo que suponían que yo esperaba de ellos y hacían fotos cada vez más obscenas... habíamos entrado en un acuerdo muy fuerte. Lo que yo necesitaba que ellos hicieran era repugnante y formar parte de eso fue terrible.

O.T.: ¿En Sri Lanka fue donde hiciste un trabajo sobre prostitución infantil?

M.C.: Sí, fui a hacer una crónica sobre la prostitución de chiquitos a manos de unos europeos que iban a satisfacer sus bajos instintos, y la única forma que tenía de contar la historia era pasar por ellos, vivir en los hotelitos donde vivían... y ya eso era bastante incómodo.

O.T.: ¿Qué entrevistas recordás de tus inicios?

M.C.: Una de las primeras que hice fue en el año 79. Yo vivía en París, y un tipo que estaba haciendo una revista sobre literatura latinoamericana me pidió que entrevistara a Eduardo Galeano. En ese momento él vivía en Barcelona y estaba fascinado con la idea de que yo viajara desde París especialmente para entrevistarlo. Él vivía en un pueblo muy chiquito, exiliado, y nadie le daba mucha bola. Le parecía como una cosa grande que yo fuera especialmente a entrevistarlo. Así que hasta fue a recibirme a la estación. Yo no lo dije que había ido por otras razones. Me pareció innecesario (se ríe). El había sido muy buen periodista. Tiene un libro de entrevistas, de los 60, excelente. Nos sentamos. Yo era muy piche, y él empezó a decirme: "Vos querrás saber tal cosa... y vos te preguntarás tal otra...", y claro, la entrevista me la hizo él. Y a mí me pareció bien, me dije: "Hermano, si vos querés laburar...".

También tengo presente una que le hice a Juan Rulfo, el escritor mexicano. Publicó

dos libros y con eso tuvo un éxito increíble. Pero cuando yo lo conocí tenía esa rara ambigüedad de estar en todos los manuales y llevar treinta años de sequía absoluta. Se había hecho alcohólico por eso. Fue una entrevista muy impresionante porque el tipo estaba muy desvalido, no oponía ninguna resistencia. Y Rulfo era un hombre que despotricaba contra los adjetivos. Era muy parco en eso. Y a mí se me ocurrió pedirle, al final de la entrevista, que me dijera tres adjetivos de sí mismo. "Soy un pobre diablo," me dijo. Y yo (no sé si por pendejo o por qué) le contesté: "Ah, pero ahí hay un solo adjetivo". Entonces agregó: "Soy un pobre, triste y miserable diablo", y lo decía en serio... Lo que me pregunto ahora es cómo pude decirle lo que le dije...

O.T.: ¿Cómo te gustaría ser recordado?

M.C.: Paf... A ver...

O.T.: Tres adjetivos de vos mismo...

M.C.: ¡No! (Se ríe) Ese es Rulfo, que escribía mucho mejor... pero voy a ver si puedo ser honesto. Una vez le pregunté a mi amigo Carlos Fuentes cómo le cabía la idea de saber que tenía asegurada una calle, una estatua o algo por el estilo; porque es indudable que en algún lugar de México D.F. le van a poner su nombre a una calle, que en algún lugar de Veracruz le van a hacer una estatua. Entonces me dijo que lo de la calle no lo sabía y que lo de la estatua no le gustaba mucho porque lo iban a cagar las palomas. Así que si pensaba en una manera de recuerdo institucional que le gustara optaba por ser una estampilla... porque le gustaba la idea de que lo lamieran todo el tiempo (Risas). Y me pareció una buena idea, aunque no sé si la voy a hacer mía... Honestamente, a veces pienso en si me importa o no que me recuerden. A veces creo que sí, y que si no hago mal las

cosas de ahora en más tendré una o dos líneas en los manuales de Literatura "No Sé Qué". Pero el día que llegué a esa conclusión me sorprendió la idea, porque no creo que me haga una gran diferencia. Es decir, por desgracia creo demasiado en la muerte como para andar pensando, o estar demasiado preocupado, por lo que va a pasar después. Ojalá mi hijo me recuerde con cariño, pero el resto... Sinceramente, me gusta más la sensación de que me recuerden ahora.

